

M
JOSÉ JAVIER ABASOLO

**Una decisión
peligrosa**



51

NOTO

TIC 6.6

BOOK

PU

AL

OPUS

1940 El Reino de Navarra duda sobre si intervenir o no en la Segunda Guerra Mundial, a petición de las fuerzas aliadas. Su delicada situación de estado independiente situado entre dos grandes naciones, España y Francia, siempre dispuestas a anexionarla, pende sobre su decisión, una decisión que inevitablemente será tan arriesgada como peligrosa.

Entre tanto, el asesinato de importantes próceres de la sociedad navarra tensará aún más la situación. Para intentar esclarecer lo sucedido, dos inspectores de policía se verán inmersos, a su pesar, en las turbias aguas de la política y la religión.

«Una decisión peligrosa» fusiona género negro e histórico y parte de una apasionante ucronía: la existencia de un Reino de Navarra independiente y protestante, escenario de grandes luchas por el poder.

José Javier Abasolo

José Javier Abasolo (Bilbao, 1957), tiene una larga trayectoria como autor de novela negra, habiendo ganado los premios de Novela Prensa Canaria 1996 y García Pavón 2005, y siendo traducido al euskera, italiano, francés y ucraniano.

En su novela *El aniversario de la independencia* (2006, Premio Farolillo de Papel del Gremio de Libreros de Bizkaia) unió por primera vez ucronía y género negro, con resultados tan satisfactorios que ha decidido repetir esa unión en *Una decisión peligrosa*.

1

La ceremonia funeraria estaba ya finalizando. Tras la cremación, los huesos de Isao Morita habían sido recogidos por sus parientes más cercanos para que fueran pasando respetuosamente de familiar en familiar, por medio de los tradicionales palillos. Aunque el reverendo Arrupe no tenía lazos de sangre con Isao, ni siquiera era japonés o budista, la estrecha relación que mantuvo con el difunto le había hecho acreedor a esa distinción. Pese a llevar tan solo tres años viviendo en Japón, el joven Pedro Arrupe conocía el idioma y las costumbres niponas, por eso no le causaron extrañeza ni rechazo las peculiaridades de los ritos con los que habían despedido sus familiares y allegados a uno de sus discípulos favoritos, si no el que más. Un discípulo que se había entregado por entero a la buena nueva que predicaba, aunque nunca lo manifestó públicamente por respeto a su tradicionalista familia y, quién sabe, quizás con ello le entregó también su vida. Confiaba en que Dios fuera misericordioso con él y al recibir sus huesos se estremeció, no por asco o rechazo, como hubiera sido previsible a causa de su educación occidental, sino porque pensaba que, de algún modo, en esos huesos aún se podía percibir el espíritu de quien en vida había sido no solo un amigo sino, sobre todo, un confidente. Y la última confianza que le había hecho era tan perturbadora que no pudo evitar alarmarse cuando el coronel Fujiro, el jefe de la Policía Secreta del Emperador, se acercó sonriente a saludarle.

–Supongo que a usted, como cristiano, le parecerá horrible lo que ha hecho el joven Morita –le dijo tras los ceremoniosos y obligatorios saludos preliminares.

–Son los católicos quienes consideran el suicidio un pecado mortal. Yo soy protestante y nuestra religión es más comprensiva en ese sentido. Nos causa tristeza y pesar, por supuesto. Al fin y al cabo el suicidio es la constatación más palpable del fracaso de una persona y del de quienes estaban cerca de ella y la querían, pero no supieron adivinar las oscuras tormentas que anidaban en su alma.

–Quizás usted no sea católico, reverendo Arrupe, aunque si le digo la verdad jamás he entendido las diferencias que hay entre las diferentes confesiones cristianas, esas son sutilezas que se me escapan –Pedro Arrupe procuró no sonreír para no ofender a su interlocutor, pero le faltó muy poco para hacerlo. Si había algún pueblo sutil, en su opinión, era el japonés, y el coronel Fujiro era uno de los máximos exponentes de esa condición del pueblo nipón –, pero, en el fondo, aunque no lo condene, eso no significa que no piense en lo sucedido como en algo negativo. En mi opinión, reverendo Arrupe, la palabra suicidio es una palabra muy fea, creo que es mucho más hermosa la nuestra, *seppuku*, lo que ustedes llaman *hara kiri*.

“La muerte de Morita fue una muerte digna. Sé que para usted eso, posiblemente, no signifique nada, pero cumplió escrupulosamente con todos los ritos preestablecidos por nuestra tradición. Se tomó una copa de sake, se vistió el kimono blanco, un kimono nuevo, elaborado para la ocasión, envolvió la daga en papel de arroz, para no manchar sus mangas de sangre y, finalmente, se la clavó en el abdomen. Todo conforme al Bushido, el código de los viejos samuráis, todo excepto por un detalle. El *seppuku* se lleva a cabo por uno de estos tres motivos: para evitar caer en manos del enemigo, porque lo ha ordenado el señor del samurai o para expiar un hecho deshonroso. A

Isao Morita no se le ordenó acabar con su vida y tampoco nos consta que jamás hubiera cometido un acto deshonesto. Ni, por supuesto, tenemos razones para pensar que estuviera a punto de caer en manos de un enemigo. ¿O sí?

—Si lo que me está preguntando es si Isao había pensado abandonar la religión de sus ancestros para abrazar la fe cristiana, tengo que comunicarle que eso jamás pasó por su cabeza —Arrupe no tuvo reparo alguno en mentir; pensó que si su amigo no quiso reconocerlo mientras estaba vivo, él no estaba autorizado para desvelar ese secreto tras su muerte—. Y de haber sido así, no habría acabado voluntariamente con su vida. El cristianismo le habría proporcionado nuevas razones para querer seguir viviendo —eso, al menos, era lo que pensaba antes de conocer los detalles del fallecimiento de su discípulo.

—Me temo que sigue usted sin conocer el carácter japonés, reverendo Arrupe —el coronel Fujiro meneó la cabeza de izquierda a derecha, como si quisiera mostrar su pesar por ese desconocimiento—, pero en el fondo eso no tiene la menor importancia. Lamento haberle dado la impresión de que le estaba acusando de algo, aunque mucha gente piensa, quizás con bastante fundamento, que el sospechar de los demás va implícito en mi cargo. Se trataba simplemente de una pregunta retórica. El caso es que me sigue atormentando el desconocer los motivos de ese inesperado *seppuku*. Y eso que intenté averiguarlo por todos los medios, incluso cometiendo la incorrección de preguntárselo directamente.

La expresión de la cara del reverendo Arrupe, al oír las últimas palabras del coronel Fujiro, mostró claramente su sorpresa y desconcierto.

—Entonces —se atrevió a preguntar abandonando su anterior discreción—, ¿estaba usted al tanto de sus intenciones? ¿Y por qué no intentó convencerle de que desistiera de esa locura?

–Sigue usted mirándolo todo con sus redondos ojos de occidental –respondió el jefe de la Policía Secreta–. Nadie está autorizado a cambiar la decisión de un noble que ha decidido limpiar su honor, ni siquiera aunque piense que ese honor sigue intacto. Supongo que le horrorizará lo que le voy a decir, pero yo fui su *kaishaku*. ¿Sabe usted lo que es un *kaishaku*?

Arrupe conocía perfectamente el significado de esa palabra. El *seppuku*, cuando se realiza de acuerdo con las reglas establecidas, es una muerte muy dolorosa y la agonía puede llegar a durar horas. El *kaishaku* es un hombre de la total confianza del samurai que ha decidido someterse al suicidio ritual y su función consiste en decapitarle en el momento en que se lo pide, para acortar esa agonía.

–¿Quiere usted decir con eso que le decapitó?

–Con estas manos –se las mostró con las palmas hacia arriba– y con una espada que pertenece a mi familia desde hace incontables generaciones.

–Rezaré por usted –fue lo único que se le ocurrió responder al reverendo Arrupe.

–Se lo agradezco porque sé lo que eso significa para los cristianos, pero, créame, no necesito que nadie rece por mí, me limité a hacer lo que tenía que hacer, a cumplir con mi deber. Eso es lo que ha hecho grande a nuestra nación y cada vez la hará más grande, que cada uno de los japoneses haga lo que sabe que tiene que hacer, con disciplina absoluta y total lealtad al Emperador.

Pedro Arrupe comprendió que de nuevo hablaba el jefe de la Policía Secreta, no el amigo de la familia Morita. Y comprendió también que todo lo anterior no era más que conversación retórica, que lo importante estaba por llegar.

–Estuve toda una noche junto a él –volvió a hablar el coronel Fujiro–, pero fue en balde, no conseguí descubrir cuál era la mancha que quería limpiar con su acción. Paradójico, ¿no lo cree usted así? El jefe de la temida Policía Secreta del Emperador –un esbozo de sonrisa apareció en

los labios del coronel Fujiro— fue incapaz de averiguar qué impulsó a un buen amigo, a uno de sus mejores amigos, a practicarse el *sekkupu*. Y el *zeppitsu* que escribió no me ayudó lo más mínimo.

—¿El *zeppitsu*? ¿Qué significa esa palabra?

—Veo que a pesar de sus esfuerzos aún hay lagunas en su educación japonesa, reverendo Arrupe —sonrió irónico el coronel—. El *zeppitsu* es un poema que escribe el samurai antes de abrirse el vientre con la daga ritual en el que explica los motivos de su acción. Desgraciadamente el mensaje que dejó Isao es demasiado críptico para mí. Aunque viene adornado con expresiones más líricas, le haré un resumen de sus palabras ya que sé que a ustedes les gusta ir al grano, incluso lo consideran algo positivo. Pues bien, lo que venía a decir era algo así como “aunque siempre he actuado correctamente y no tengo nada que reprocharme, siento que he perdido mi alma”. Ustedes, los pastores cristianos, son expertos en las cosas del alma, si no me equivoco. ¿Se lo ocurre qué podía querer indicarnos Isao con esas palabras?

—No lo sé, le juro que no lo sé, coronel —sus evidentes esfuerzos por parecer sincero estaban despertando las sospechas del jefe de la Policía Secreta, así que intentó bromear con él, pese a saber que carecía casi por completo de sentido del humor—. Quién sabe, quizás, pese a lo que hemos comentado al principio, el mensaje cristiano sí había dejado huella en él y al mantener sus raíces tradicionales y continuar profesando la religión de sus ancestros, pensaba que su alma se había perdido aunque, como japonés, hubiese hecho lo correcto.

—¿Significa eso, reverendo Arrupe, que no se puede ser al mismo tiempo japonés y cristiano? —el clérigo navarro comprendió que Fujiro no le estaba haciendo una pregunta retórica sino que le había planteado esa cuestión con total seriedad, sin el menor asomo de imaginación por su parte.

—No, por supuesto que no —Pedro Arrupe agradeció íntimamente el giro que estaba tomando la conversación, ya que había conseguido que el coronel se olvidara de sus incipientes sospechas sobre el conocimiento que el navarro podía tener de los motivos que impulsaron a Isao Morita a tomar una decisión tan drástica. El sesgo que estaba tomando la conversación quizás no fuera muy positivo desde un punto de vista político o incluso cultural, pero era mejor que lo anterior.

“De ningún modo, coronel, de ningún modo —volvió a recalcar su anterior afirmación—. Para mí es totalmente compatible ser japonés y cristiano como, llegado el caso, sería compatible seguramente ser japonés y musulmán o japonés y ateo, tan solo digo que quizás Isao podría haberlo percibido de ese modo.

—Entiendo —dijo el coronel frunciendo el ceño, y a Arrupe le dio la impresión de que no mentía al decirle que lo entendía, incluso parecía que lo entendía demasiado bien—, sí, creo que entiendo lo que quiere decir. Desgraciadamente, reverendo, vivimos una época muy turbulenta y esos mestizajes, por posibles e incluso positivos que puedan parecer en teoría, no son viables en la práctica, no al menos en estos tiempos. Por eso, con gran dolor de mi corazón, que sangra como el de una doncella abandonada en su noche de bodas, voy a tener que pedirle que abandone el Japón. Y, aunque pueda parecerle una petición extraña, le ruego que lo haga voluntariamente. No me obligue a deportarle lo que, seguramente, despertaría unas tensiones innecesarias entre el Reino de Navarra y el Imperio del Japón.

—Sinceramente, coronel, ahora soy yo el que no entiendo nada.

—¿Seguro que no lo entiende? Da igual, como le he dicho antes este no es un tiempo de mestizaje. Sé que ustedes predicán su religión con buena voluntad y respetando nuestras tradiciones, pero me temo que hoy en día la ex-

pansión de sus creencias solo puede contribuir a debilitar nuestra nación. Mire lo que ha ocurrido con nuestro querido Isao.

–Pero eso es solo una hipótesis, y sin mucho fundamento, no sabemos por qué tomó esa decisión y ya le he dicho que dudo mucho de que se hubiese convertido al cristianismo.

–En el fondo eso es lo de menos, reverendo Arrupe. Es usted lo suficientemente inteligente como para saber que la decisión de invitarle a abandonar nuestro país es irrevocable, y que antes o después se habría producido, incluso aunque Isao Morita no se hubiera practicado el *sekkupu*.

Pedro Arrupe intentó protestar, si bien muy débilmente. En el fondo su deportación le solucionaba un grave problema, así que su oposición fue meramente retórica y finalmente aceptó la sugerencia del coronel Fujiro de irse “voluntariamente” del país, sin forzar su expulsión. Tan solo se limitó a pedir siete días de gracia, para poder despedirse de los amigos y discípulos que había hecho en el país y organizar de un modo ordenado su marcha, a lo que accedió prácticamente sin pensárselo el jefe de la Policía Secreta del Emperador.

De vuelta a la pequeña habitación que le servía de residencia lo primero que hizo Arrupe fue rezar por quien, además de discípulo, había sido un buen amigo. Rezó por él y también lo hizo por sí mismo, ya que, pese a que lo había negado ante el coronel Fujiro, conocía perfectamente los motivos por los que Isao había decidido abandonar este mundo al estilo de los viejos samuráis. En esos momentos recordó la frase del escritor británico Gilbert Keith Chesterton acerca de que se había convertido al catolicismo para poder tener alguien que le perdonara sus pecados. El reverendo Arrupe estaba solo ante los suyos y lo único que le tranquilizaba, aunque levemente, era su convicción de que había hecho lo correcto.

Isao Morita pertenecía a una familia con gran influencia política y muy allegada al trono, lo que acrecentó su ya de por sí gran poder, por eso había sido incluido en el círculo más íntimo de los gobernantes, habiendo tenido acceso a los secretos de Estado mejor guardados. Uno de esos secretos le trastornó de un modo tan profundo, al obligarle a elegir entre la lealtad a su patria o a la nueva fe que profesaba clandestinamente, que algo se quebró en su interior, no sin antes haber traspasado ese secreto a su mentor y amigo, el reverendo Arrupe. Fue pocos días después de esa confesión, con la que traicionaba al Japón para no traicionarse a sí mismo, cuando decidió realizar el suicidio ritual. Isao Morita murió como un japonés al pensar que ya nunca podría vivir como un japonés.

Ahora ese secreto le pertenecía a él y su expulsión del país le iba a permitir hacer buen uso del mismo. Lo que le había explicado Isao podría afectar enormemente a la guerra que se estaba librando en Europa entre el nazismo y los países aliados y quizás, de rebote, a su Navarra natal, cuya existencia como nación soberana volvía a pender de un hilo. Posiblemente lo primero que tendría que haber hecho nada más convertirse en el destinatario de la confesión de su discípulo debiera haber sido transmitírselo a quienes podían hacer un uso práctico de la misma, pero no sabía cómo hacerlo. Él no era más que un simple misionero en un país lejano, no un espía entrenado en el uso de códigos secretos. Seguramente si hubiera intentado hacer algo por su cuenta y riesgo habría puesto en peligro su propia vida, así como la de Isao y el resto de sus discípulos. Por eso mismo no se decidió a acudir a ninguna embajada de confianza, ni la suya propia, que funcionaba bajo mínimos y sin ninguna garantía de confidencialidad –todas las embajadas occidentales estaban vigiladas por el gobierno japonés y cuanto menos ricas eran más fácil era la vigilancia– ni las del Reino Unido o los Estados Unidos, sobre las que se ejercía un férreo control. Además, su apa-

rición por cualquiera de ambas, cuando jamás había tenido relación con ellas y no existía ningún motivo lógico para acudir de repente, o al menos no conseguía encontrarlo, habría levantado unas indeseables suspicacias.

Y ahora, paradójicamente, la expulsión decretada por el jefe de la Policía Secreta le facilitaba las cosas. Una vez en su Navarra natal sabía a quién acudir. Si sus últimos informes eran correctos, uno de sus viejos y más queridos condiscípulos del colegio, Xabier Perurena, había sido nombrado alto cargo en el Ministerio de Gobernación. Era un curioso puesto para alguien cuya vocación y profesión era la historia y su enseñanza, pero eran tiempos difíciles y su excompañero había tenido que renunciar a sus intereses académicos para ocupar un despacho, el de viceministro de Seguridad, desde el que, a su modo, también se podía hacer historia. La política puede llevarnos por extraños caminos, pensó Arrupe, pero afortunadamente Perurena, gracias a detentar ese puesto tan alejado, al menos teóricamente, de su formación universitaria, sabría arreglárselas para hacer llegar la confesión de Isao Morita a quienes mejor podían utilizarla. Y de paso, tal vez, el Reino de Navarra pudiera sacar algo de provecho con esa cuestión.

2

A Fermín Baskaran, subinspector de la Policía General del Reino de Navarra, no le interesaba para nada la política. Si se encontraba en esos momentos asistiendo al mitin que ante una muchedumbre entregada y enfervorizada estaba protagonizando Imanol Larrabeitia, Secretario General del Movimiento de Resistencia Patriótica Orreaga, se debía sencillamente a que se encontraba realizando su trabajo. Sus superiores le habían enviado allí para proteger y vigilar, a veces era difícil distinguir entre ambos conceptos, a los asistentes al mitin y, como un agente disciplinado, se limitó a cumplir las órdenes recibidas. Sin embargo, pese a su profesional apoliticismo, le era imposible permanecer indiferente ante la parafernalia que los Caballeros de Roncesvalles, como eran denominados popularmente los militantes del MRPO, sobre todo los más jóvenes y activos, habían levantado en plena Plaza del Castillo.

El subinspector Baskaran no recordaba haber visto nunca tantas banderas rojas con las cadenas del Viejo Reino ondeando al viento. No es que tuviera nada en contra de ellas, todo lo contrario, era la bandera que desde pequeño, cuando era un niño en su Eibar natal, había aprendido a amar y a considerar como suya, pero tanto exceso le desagradaba. No veía necesario usar algo que era de todos como arma arrojadiza, como si de la bandera de un partido se tratase, un partido, además, que no cesaba de repetir consignas de odio y violencia. Aún así, eso no era lo peor, por mucho que la agitaran los Caballeros

de Roncesvalles, al fin y al cabo, se trataba de la bandera de todos los navarros; lo peor era la nueva enseña que cada vez más podía verse en ese tipo de mítines, una bandera en la que las viejas y entrañables cadenas habían sido sustituidas por el también viejo, seguramente mucho más viejo incluso, *lauburu*, el símbolo solar de las antiguas tribus vasconas que desde tiempos inmemoriales se aposentaron en el territorio del actual reino de Navarra.

Y no es que el *lauburu* le desagradara sino que había sido elegido como emblema por los Caballeros debido a su parecido con la esvástica o cruz gamada del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán, el espejo en el que se miraban los hombres del Movimiento de Resistencia Patriótica Orreaga. Baskaran, como buen policía que era o pretendía ser, se consideraba totalmente apolítico, o eso pensaba él de sí mismo sin darse cuenta de que esa actitud ya significaba una toma de postura. Era consciente de que gobernara quien gobernara iba a necesitar a la policía, lo mismo en esos momentos en los que el Consejo de Ministros de la nación estaba compuesto por una coalición entre el Partido Reformista y el Laborista, con el apoyo del Movimiento por la Autonomía del Señorío de Bizkaia, que cuando gobernaban conjuntamente el Partido Moderado y el Conservador. Incluso si algún día llegaban al poder los mismísimos Caballeros de Roncesvalles, *Jaungoikoa* no lo permitiera, la policía sería necesaria para mantener el orden y asegurar el cumplimiento de las leyes. Pero, aún así, sentía cierta repugnancia instintiva contra una agrupación que usaba como método de lucha la algarada callejera y cuyos mensajes estridentes dividían a la ciudadanía y creaban el desasosiego entre sus compatriotas.

Por ejemplo, los judíos. Desde tiempos inmemoriales se había instalado una importante comunidad judía en Baiona y en los últimos cuatro siglos, a partir del momento en que los reyes de Navarra se desligaron de la Iglesia Ca-

tólica y empezaron a apoyar a la Iglesia Reformada, la judería de Gasteiz, sin recuperar su esplendor de antaño, se consolidó como una comunidad importante, pacífica, laboriosa y leal, sobre todo, a Navarra y a sus leyes. Y ahora Imanol Larrabeitia, ese patético émulo navarro de Adolf Hitler, quería que todos esos buenos ciudadanos, cuyo único pecado consistía en haber nacido judíos, fueran expulsados del solar patrio, como en su momento les habían expulsado del vecino reino español los Reyes Católicos. Se preguntó qué haría si algún día Larrabeitia llegaba al poder y empezaba a dictar leyes contra ese sector de la población navarra. Y, para su propia vergüenza, comprendió que seguramente no haría nada, por injustas que le parecieran. Él no era un político sino un funcionario, un policía cuya función era coadyuvar a que las leyes se cumplieran, no quebrantarlas. Así había sido desde que ingresó en la Policía General del Reino y así seguiría siendo en el futuro, estuviera quien estuviese al frente del gobierno.

Incomodado por sus propios pensamientos volvió a escudriñar entre los asistentes al mitin. En su gran mayoría eran jóvenes alocados y alcoholizados en cuyos rostros se notaba el efecto del pacharán y del clarete de la Rivera que había corrido con profusión durante la celebración del acto, pero también había un importante número de viejos carcamales que estarían mucho mejor en sus casas, en lugar de gritando hasta quedarse roncos en una reunión destinada tan solo a meter miedo a la gente y reverdecer viejas batallas y hechos heroicos en los que, curiosamente, jamás habían participado. Menos mal que ese era su último servicio en la Brigada de Mantenimiento del Orden. Esa misma mañana le habían comunicado que habían aprobado su solicitud y la próxima semana iniciaría una nueva andadura como subinspector en la Brigada de Homicidios. Estaba deseando que llegara ese día, pero mientras tanto no le quedaba más remedio que vigilar esa odiosa reunión y aguantar el discurso con el que el hom-